

**INSTITUTO DE ÉTICA Y POLÍTICA  
ECONÓMICA**

*Director: Académico Ricardo López Murphy*



**NUESTRA HISTORIA Y NUESTROS DESAFÍOS  
¿QUO VADIS, ARGENTINA?  
DE DONDE VENIMOS, A DONDE VAMOS**

*Comunicación del Lic. Martín Lagos,  
en la sesión pública del Instituto de Ética y Política Económica,  
el 9 de abril de 2018*



# **NUESTRA HISTORIA Y NUESTROS DESAFÍOS ¿QUO VADIS, ARGENTINA? DE DONDE VENIMOS, A DONDE VAMOS**

Por el Lic. MARTÍN LAGOS

El título revela bastante bien mi edad. No hubiera elegido este tema si fuera un economista de 30 o 40 años. Han sido décadas sufriendo la Argentina y muchas horas leyendo y reflexionando (y escribiendo dos libros y varios artículos) sobre el origen y las causas de nuestras frustraciones.

Me gustaría que hoy se debata sobre estas cuestiones, tras hacer yo un aporte, que tal vez resulte en más confusión. Porque como dijo alguna vez Oscar Wilde: “la ignorancia de los catedráticos es fruto de sus largos años de estudio”.

Y como también dicen que robarle ideas a una persona es plagio, pero robárselas a muchas es investigación, voy a empezar apoyándome en la brillante conferencia que en esta misma casa ofreció hace un mes Gabriel Zanotti sobre los fundamentos Judeo-Cristianos de la civilización occidental y de la libertad. No pude

asistir a la conferencia, pero la seguí íntegra gracias a la grabación que se difundió.

La primera pincelada que Gabriel marcó como diferenciando al Israel antiguo con sus contemporáneos fue que su Dios no era un ser humano. No hay allí un hombre-Dios, como en Roma o Grecia u Oriente. Y así, porque no es Dios, el hombre que ejerce la autoridad es falible y por lo tanto su poder – aunque provenga de Dios – debe ser limitado. Hay así una autonomía de la polis o de la política respecto de la religión. En esta concepción – también – la ciencia es autónoma respecto de la religión.

Fíjense Vds. cuantos años, siglos, fueron necesarios para que estos fundamentos echaran raíces o arraigaran en nuestras sociedades contemporáneas.

A los jerarcas y príncipes de la Iglesia judeo-cristiana – ya después de Cristo o en la era común, como se dice ahora hablando con corrección política – esta división o secularización no les gustó nada. De hecho, escriben o hablan sobre ello sacerdotes del calibre intelectual de Ratzinger o Rafael Braun. Pero muchos todavía nos hablan de masonería como cuando éramos chicos.

Yo crecí escuchando de muchos mayores y maestros conceptos como “están en contra de la religión”. Recomiendo leer un libro de Lucía Gálvez “Como Dios manda”, sobre la masonería en el mundo y en nuestro país para entender esta sutil diferencia: Los masones (del francés "albañil o constructor") no fueron anti-religiosos y menos aún anti-cristianos, pero eran sí anti-clericales.

Eran cristianos que desde muy antiguo (siglo XVI) propugnaron la separación de Iglesia y Estado y la vigencia de la libertad de conciencias.

Muy pronto estas ideas de autonomía entre la religión y la política chocaron con las jerarquías de la Iglesia, que tenían al respecto ideas muy distintas. La Iglesia sostuvo que la lucha de los masones no era contra su poder temporal, sino directamente contra el cristianismo. Y esta fue la imagen que prevaleció.

Gálvez repasa los escritos y actos de todos los próceres de nuestra independencia y organización y concluye que todos fueron cristianos, aunque a muchos su liberalismo los hacía anticlericales. Solo algunos fueron formalmente masones.

En la discusión de la Constitución de 1852/53, quienes se oponían a la libertad religiosa no lo eran solo por un tema de poder, era también por creencia: Si nuestra religión católica es la única verdadera, ¿cómo vamos a facilitarle el pecado a los herejes que creen en religiones falsas?

Pero no solo las jerarquías católicas batallaron contra la libertad. Cuando los “iluminados” reyes de Francia, Portugal y España expulsan a los Jesuitas en la segunda mitad del siglo XVIII no fue para que hubiera más libertad, sino para quedarse ellos con la suma del poder y de la riqueza. Nosotros lamentamos la expulsión de los misioneros en América. Pero en Europa los jesuitas habían acumulado una masa de poder impresionante. Por cierto que por mérito propio, por estudiar y trabajar, pero suficiente como generar envidia no solo en las cortes, sino en otras órdenes religiosas.

El iluminismo abrió camino a la razón frente a la revelación, pero en pocos lugares fuera de Inglaterra y los EE.UU. se tradujo en más libertad. Los Habsburgo o Austrias, con su imperio tan extendido en Europa, América y el Pacífico, habían sido más propicios a la descentralización que los Borbones, ultra centralistas.

Recién en los últimos cien o doscientos años, con muchas resistencias y zig-zags, las ideas de esta triple autonomía se abrieron camino lentamente. No vayan a preguntar a Irán o Saudi-Arabia, pero en diversos contextos y naciones el ideal se fue dando de manera más o menos imperfecta.

Ahora veamos cómo nos fue por aquí.

Ya mencioné que en los virreinos bajo los Borbones (siglo XVIII) había habido un retroceso respecto a los monarcas Austrias

o Habsburgo: Cero experiencia en autogobierno democrático, uno de los mayores contrastes con las colonias inglesas de América del Norte.

Nuestras revoluciones de 1810 se inspiraron en la revolución francesa, que enunció muchos principios, pero aplicó pocos. Tan poco que culminó con el imperio de Napoleón y luego una restauración absolutista en toda la línea.

Así, hasta Caseros (1852) la realidad de estas provincias fue la de un caos y casos de autoritarismo en estado puro. Los pocos ilustrados que llegaron a tener o ejercer poder (Pueyrredon, Rivadavia) se consideraban con derecho a gobernar sin elecciones serias, solo por la ilustración de la que hacían gala. Y los caudillos se consideraban con derecho a gobernar por su propia popularidad, sin nada que se parezca a alternancia o división de poderes.

Elecciones democráticas, competencia electoral, mandatos con plazos limitados, alternancia y justicia independiente no estaban en el catálogo de ninguno de estos dos bandos.

Después de Rosas, Urquiza, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Roca, Pellegrini, Sáenz Peña (cada uno con sus más y sus menos), tomando los ideales alberdianos, pugnaron por poner las cosas en su lugar, incluso poner en su lugar a la Iglesia. A diferencia de los Pueyrredon y de los Rivadavia, estos tenían ejércitos que fueron capaces de imponerse a caudillos y montoneras. La de ellos fue una república aristocrática, con elecciones muy imperfectas, tanto que dieron sustento a revoluciones periódicas (en 1874 Mitre contra la elección de Avellaneda, en 1880 Tejedor contra la elección de Roca, en 1890 Alem contra Juárez Celman, en 1893 nuevamente Alem e Irigoyen contra Luis Sáenz Peña, en 1905 Irigoyen, ahora contra Quintana), pero con una Corte Suprema independiente y con cumplimiento de los plazos mandados o limitados por la Constitución.

Mientras tanto, la revolución del vapor en la navegación y el transporte terrestre facilitaron la explosión de la economía en un contexto de inversiones y comercio abierto e inmigración.

Creemos más rápido que todos y achica la brecha de ingresos hasta llegar a jugar en primera.

Con la ley Ley Saenz Peña, entre 1916 y 1930 llegan Irigoyen y Alvear: Hacen un populismo medido en proteccionismo, gasto público, inflación y deuda. Gobiernan respetando bastante bien la noción de la restricción presupuestaria, sin perder apoyo electoral. Recomiendo Pablo Gerchunoff (“El Eslabón Perdido”). Hay intervenciones políticas como operación contra la oposición, pero se mantuvo el respeto por el ideario alberdiano/liberal en temas como la inmigración, la economía abierta y la independencia de la Corte Suprema. Para mí el caso paradigmático es el del juez de la Corte Antonio Bermejo, riflero anti-roquista en 1880, designado por Roca en 1901, preside la corte y a Irigoyen ni se le ocurre sacarlo. Nadie dice de él “es hombre de Roca”.

Pero en septiembre de 1930 se subleva no ya un caudillo político (un Mitre, un Tejedor, un Alem o un Irigoyen), sino un general del Ejército. Lo hace en medio de una crisis económica que ya es global y de magnitud, con un presidente en decadencia física, en medio del surgimiento de los fascismos europeos y el temor a las izquierdas extremas.

Pero no se subleva solo contra Irigoyen, o contra un posible segundo gobierno de Alvear. Se subleva contra la Constitución liberal, cosmopolita de Alberdi.

Uriburu viene con el idealismo nacionalista de “purificar la Nación”. ¿Qué es eso de la política de partidos, de negociar, de transar? El ideario nacionalista es blanco o negro, no se transa nada.

Dura poco Uriburu y es hábilmente desplazado por su colega, Agustín Justo, un ingeniero militar también nacionalista y estatista, pero más pragmático. Sabe con quién aliarse y con qué métodos ganar elecciones. El conservadorismo encuentra en él la manera imbatible de recuperar el poder.

Con la crisis mundial, el colapso de nuestros mercados de exportación y las oleadas inmigratorias a los centros urbanos viene la malhadada idea de sustituir importaciones. Aranceles, pero fundamentalmente tipos de cambios diferenciales derrumban las ratios de comercio exterior a PIB. Obviamente el sesgo anti-exportador se manifestó de inmediato y a partir de mediados de la década (digamos, 1934/38, según las variables), ni la evolución de las exportaciones, ni la del ingreso pudieron seguir el ritmo del crecimiento mundial.

Vendrían Ortiz, Castillo y el Plan Pinedo de 1941, estatista, pero ya advirtiendo el impacto negativo del sesgo anti-exportador.

En estos años década, ¿cuánto hubo de pragmatismo (o sea una reacción explicable frente al colapso y al proteccionismo generalizado en el mundo) o cuánto de ideología nacionalista pro-autarquía, ahora aliada y con el apoyo de una Iglesia re-surgiente y antiliberal?

Así nos llegó el nacionalismo cerril, homogeneizante, la visión negativa de la inmigración cosmopolita y del capitalismo anglosajón.

Muchos países sufrieron estos virus, pero aprovechando los vientos aperturistas de la pos-guerra y de los años 50 y 60, muchos volvieron al camino del comercio y del crecimiento (Alemania, Italia, España, Japón).

Nosotros perdimos para siempre.

Muertos Ortiz, Justo y Alvear, en 1943 Castillo juega con el nacionalismo (aquel nacionalismo purificador del uriburismo ahora corporizado en el GOU), pero juega mal al tratar de imponer a Patrón Costa. También los radicales pretenden jugar con Ramírez (como los conservadores lo habían hecho con Justo), pero este y sus colegas del GOU tienen otras ideas. En junio de 1943 el nacionalismo purificador tiene su revancha.

Pero claro, llegaron tarde: en Midway (junio 42), en El Alamein (noviembre 42) y en Stalingrado (febrero 43) los inspiradores del GOU se cayeron a pedazos.

¿Habrá una retirada ignominiosa de los militares, como las que vimos en 1958, 1963, 1973 y 1983? No, porque un militar más ambicioso y mentiroso que el resto supo ponerse al frente de una alianza urbana de sindicatos-empresariado mercado-internista con apoyo de la Iglesia antiliberal.

Notable Perón y su popularidad pese a una sociedad escolarizada y rica.

Con Perón, lo que en los 30 fueron políticas coyunturales, se convierten en el núcleo duro de la política económica: Proteccionismo a ultranza, sesgo anti-exportador máximo, record latinoamericano en X+M/PIB de 20% a menos del 5% del PIB, y después nos empezaron a hablar de la “restricción externa” como si fuera una maldición que nos llegó de Marte.

Comparando con Alemania, Italia, España, Francia o Chile (que pasaron por sus nacionalismos o con sus Francos, De Gaulles y o Pinochets) me pregunto ¿Tuvimos una mala sociedad, una mala dirigencia o simplemente una enorme dosis de mala suerte?

El “accidente” entre el peronismo y la iglesia de 1955 fue el resultado de un personalismo de Perón y de su necesidad de rodearse de obsecuentes de escasa estatura intelectual. Ese “accidente”, junto con los excesos del culto a la personalidad y de la represión contra la oposición (totalmente innecesaria porque electoralmente el partido peronista era imbatible) dieron lugar a la Revolución de septiembre.

Vuelvo a preguntarme por la notable popularidad de Perón y concluyo que – tal como había ocurrido en la Alemania de Hitler – por más escolarizada y rica que sean las sociedades, ninguna está exenta de caer bajo el influjo de un demagogo hábil.

A principios de 1946 Perón había logrado en dos años y medio lo que a Irigoyen le habían llevado veinticinco años. Claro que al calor del gobierno militar nacionalista que había puesto a su servicio todo el aparato del Estado...

Se va Perón, pero el sesgo anti-exportador ha creado un empresariado con complejo de Edipo que nos condenó al pathdependence. Todo intento de reforma genera gritos y resistencia de la ineficiente estructura que se ha creado.

Cando tenemos gobiernos militares, exteriormente o de la boca para afuera, ganan los supuestamente liberales: Aramburu-Rojas; Guido-Martínez de Hoz; Onganía-Krieger; Lanusse, Videla-Martínez de Hoz; Galtieri-Aleman. Pero en el fondo... mi experiencia familiar me dice que el virus nacionalista/estatista nunca abandonó del todo al corpus militar.

Se intentan planes de estabilización sin la necesaria disciplina fiscal. Se intentan aperturas parciales y subsidios contra el sesgo anti-exportador. Menem avanza en privatizaciones, pero la historia demostraría que no por convicción de la sociedad, sino por hartazgo del estatismo ineficiente.

Vienen los Kirchner, logran gobernar doce años y entonces tenemos derecho a preguntarnos: ¿quo vadis?, ¿qué hay en el fondo profundo de la sociedad?

Después del '55 y al comprobar que el peronismo seguía teniendo alto apoyo popular, la Iglesia restableció rápidamente su relación con este movimiento. La trayectoria de Bergoglio es un claro ejemplo. En la carta de disculpas que mandó a mediados de marzo de 2018 no dijo “de ahora en más no seré más peronista”, sino en todo caso “pido perdón – y lo seguiré pidiendo – por seguir siendo peronista”.

¿Y Cambiemos que es? ¿Es peronismo educado? ¿Es economía estabilizada, pero cerrada? ¿Serán el litio de Jujuy y la Vaca Muerta neuquina la próxima maldición de los recursos naturales? ¿Tenemos la capacidad empresarial e innovativa en la

escala necesaria para enfrentar una apertura? ¿Tenemos la clase política y el funcionariado necesarios como para implementar las políticas públicas que harían posible una apertura exitosa? ¿Las teníamos en 1930 y las perdimos por el peronismo?

No soy optimista: El mundo, que fuera del proteccionismo agroalimentario no habría ayudado mucho entre 1945 y 2000 hoy no ayuda: China es eficiencia y comercio abierto, pero con partido único y, ahora, liderazgo sin límite de plazo. ¿Será como el Reich de 1000 años con que soñó Hitler? Y los EE.UU. de Trump ¿qué son? Hasta parece que a Donald le gusta la idea tan nuestra y ahora china de la reelección indefinida.

En el artículo “¿Quiere la Argentina realmente cambiar? (que publiqué en “La Nación”, hace algunos meses) mencioné las resistencias. No solo a pagar los costos de la transición, sino a la idea misma de la competencia, la destrucción creativa, etc. 1) Hay dirigentes y sectores (las izquierdas y los nuevos populismos) que directamente desde su ideología no comparten el diagnóstico, pese a la evidencia contundente en su favor. 2) Hay sectores que han logrado beneficiarse con las distorsiones mencionadas y no querrán cambiar. 3) Hay buena parte de la sociedad que cree más o menos resignadamente que la pesada estructura del gasto público es algo así como el tributo necesario para mantener la paz social. Por conveniencia unos y por temor otros (la Iglesia, por ejemplo), estos segmentos no quieren oír hablar de cambios profundos, y 4) Si bien gobiernos de varios signos (radicales, militares) contribuyeron o participaron históricamente en la construcción de aquellas desmesuras, las mismas son “marcas registradas” del peronismo, con todo lo que eso significa para una sociedad que sigue en buena parte embaucada por el único partido fascista sobreviviente en el mundo.

Dirigentes moderados o modernos que podrán coincidir con el diagnóstico – o al menos con partes importantes del él – como Massa, Schiaretti o Urtubey, al no querer desprenderse de la marca “peronismo” tienen que hacer pininos para que no ser tildados de traidores. Algo parecido les pasa a ciertos radicales que parecen estar en Cambiemos de un modo vergonzante.

Bueno, por ahí también leí que uno llega a conclusiones cuando se ha cansado de pensar. Y además, los he cansado a Vds. Cierro diciendo:

1. No es fácil educar pueblos enteros para la libertad o tal vez lleve generaciones, no lo sé. No es fácil, por ejemplo, convencer a pueblos enteros del valor del comercio internacional o del presupuesto balanceado. No son temas de fácil comprensión para millones de personas con una educación simple. Tampoco los prejuicios raciales o la desconfianza hacia la inmigración son fáciles de erradicar aún tras décadas de educación. Acá mismo el éxito de la inmigración soñada por Alberdi provocó miedo en muchos dirigentes pos-generación del 80 y desató esa educación homogeneizadora y nacionalista (en vez de cosmopolita y abierta), educación que nos hizo tanto daño. Hasta algunos hijos de inmigrantes de primera generación se engancharon en los años 30 con ese nacionalismo cerril que hubiera impedido a sus padres progresar en la Argentina.

Hay una terrible Ley de Murphy (¿será pariente de Ricardo?) que dice así: "Los problemas complejos siempre tienen soluciones erróneas, pero fáciles de explicar"

2. Por ello es que creo que la educación y los valores de las elites (a la manera, por ejemplo como creo que hace la Fundación RAP) son fundamentales. El Dr. Albino, creo que en esta misma casa, dijo más: No hablemos de los valores, sino de las virtudes. Porque la virtud es no solo tener valores, sino vivirlos, practicarlos. A ellas, a las elites, sí se les puede pedir que entiendan los valores y las ventajas del mundo abierto, de la democracia y de las economías ordenadas. Al fin de cuentas el pueblo alemán de 1950 no podía ser muy distinto del de 1933, pero ahora estaba Konrad Adenauer y no Adolph Hitler.

3. Lo mío tiene algo de cínico. Me doy cuenta que una campaña electoral puede haber una competencia de demagogia, pero pido a los políticos (ganen o pierdan) que sepan separar la campaña de lo que es gobernar.

4. El futuro de la Argentina, entonces, no depende solo del actual gobierno. Si buena parte de las elites dirigentes no son capaces de asumir de manera abierta nuestro diagnóstico y ponerse de parte del cambio, nuestro futuro seguirá siendo gris.

